


LA RENEGADA DE VALLADOLID.

SEGUNDA PARTE.

DECLARASE EN ESTA SEGUNDA PARTE LA FORMA QUE tuvo para traer los hijos desde Turquía á Roma; como recibieron el agua del Bautismo, y en la forma que acabó esta Santa muger en un Convento.

Dios Padre, Rey sempiterno
sea quien siempre me ampare,
Dios hijo me dé gobierno,
y el Santo Espìritu eterno
ponga luz donde faltare.
Quien la paz y vencimiento
trajo al mundo por victoria
alumbre mi entendimiento,
mi lengua, gracia y aliento,
mi pluma, plana y memoria.
Con su ayuda singular
estaré sujeto y cierto,
que podré bien negociar,
y seguro podré entrar
por la barra estrecha al Puerto.
Pues, Princesa de la Gloria,
barra segura, que dais
al alma Puerto y victoria,
por la barra de mi historia,
me sigo, si me guiais.

Comienza la Obra.

Tiempo es ya que nos dejemos
del vicio malo pendiente,
pues con vicios nos perdemos,
y nuevo ejemplo tomemos

de una muger penitente.
En Valladolid nacida
fue esta bienaventurada,
de sus Padres bien querida,
y por enmendar su vida
es de Jesucristo amada.
Vereis que por la riqueza
y vicios negò al Señor,
y con cuanta fortaleza
de fé y Divina firmeza
volviò á buscar su Pastor.
Vereis la que se vestia
de seda y finos colores
diferentes cada dia,
y en rica cama dormia
de muy suaves olores.
Como recordó del sueño,
y procura nueva luz,
y con dolor no pequeño
busca su perfecto Dueño,
que murió por ella en Cruz.
Vereis como al mundo olvida,
hijos, marido y hacienda,
con fé viva, arrepentida,
vá á buscar el pan de vida,
con propósito de enmienda.
Vereis quien sirvió á Mahoma
veinte y siete años cabales,
como al Señor vuelve y toma
el camino para Roma,
por penitencia á sus males.
Vereis quien vivido habia
tantos años al rebés,
y tanto fausto tenia,
como descalza venia,
corriendo sangre los pies.
Vereis quien se regalaba
con buenas conservas finas,
que con yervas se pasaba,
y desnuda se acostaba
entre las duras espinas.
Vereis que como se vió
en Roma Puerto seguro,
la tierra humilde besó,
y á Dios mil gracias le dió
con entrañable amor puro.
Y como en San Pedro entraba
llorando su grande error,
en un rincon se sentaba,
que de vergüenza no osaba
mirar al Altar Mayor.
Su boca en tierra pegó
y suspirando entre sí,
á Jesus perdon pidió,
y nueve horas lloró,
sin levantarse de allí.
Por la fiesta celebrada
de Maria Magdalena,
fue del Papa perdonada,
y tambien reconciliada
esta muger santa, y buena.
Y despues de recibir
á Jesus Rey Soberano,
que hace á las almas vivir,
se fué luego á despedir
del Sacerdote su hermano.
Dijo Agueda prudente;
Melchor de Salcedo, hermano,
ya plugó á Dios Soberano,
que me limpiase en la fuente,
que dá salud al Cristiano.
Estos dias, que tasados

me dió Dios, por su clemencia,
los cuales están contados,
quiero que sean gastados
en ayuno y penitencia.
He menester prestamente
arrojar de mi la carga
con que el alma pena, y siente;
pues esta vida presente
es breve y estotra larga.
El Sacerdote sentia
con esto pena, y pesar,
á su hermana le decia,
que por qué no se queria
volver á su natural?
Pues sabes, que es tan copiosa
Valladolid, y cumplida,
de todo bien abundosa,
Villa alegre y deleitosa
y sobre todo, escojida.
Ella dijo: No se aplaca
con el deleite la pena,
sin gustar de la triaca
de que gustó la Egipciaca
Santa Maria Magdalena.
Mi intento es el habitar
por el áspero desierto,
y este mi cuerpo domar,
hasta hacerle bien pagar
el mal que tiene encubierto.
Al tiempo del despedir,
vereis la lamentacion,
el suspirar, y el gemir;
y el abrazarse y decir
palabras del corazon.
El Clérigo procuró
luego un Bajel en el Puerto,
en que á España se partió,
la hermana se dirigió
para el áspero desierto.
Veinte y una leguas fué
desde Roma al monte Arfanio,
do padeció hambre, y sed,
y siempre puesta en la fé
de Jesus Rey Soberano.
Por la mayor espesura
inabitable se entró,
áspera, muy seca y dura,
por donde humana criatura
jamás pasó, ni habitó.
El vestido se quitaba,
que se le hacia enfadoso,
en carnes vivas quedaba,
tanto que no cobijaba
mas que el lugar vergonzoso.
Este vestido tenia
guardado en cierto lugar,
que nunca se lo vestia,
hasta que á Roma venia
cada año á comulgar.
Su cuerpo, contìnuo, andaba
sujeto al frio y al viento,
el rojo Sol la abrasaba,
y con yervas se pasaba,
sin otro mantenimiento.
En las rodillas tenia
ásperos callos, de estarse
en oracion noche y dia,
y las espaldas traia
sajadas por azotarse.
El pecho muy lastimado,
la carne negra y tostada,
el rostro desemejado,

muy enjuto y arrugado, }
como cosa traspasada.
Y sus cabellos preciados
del olifero olor,
andaban muy erizados,
y tenia diferenciados
del áire, frio y calor.
Los ojos tenia sumidos,
y sus lábios delicados
muy ásperos y cortados,
y sus pies ántes pulidos,
abiertos y ensangrentados.
La semana Santa entraba
en Roma con humildad,
confesaba, y comulgaba,
y sus vestidos llevaba,
solo por la honestidad.
Y despues que aposentaba
en sí tan ricos tesoros,
al desierto se tornaba,
y á nuestro Señor rogaba
por aquellos hijos moros:
Que como vió que quedaron
moros, sin conocimiento
de fé, que no la alcazaron,
ni en ella les enseñaron,
sentia mucho tormento.
Y puestas entrambas manos,
rogó á Jesus, que en la Cruz
padeció por los humanos,
que los hiciese Cristianos,
guiándolos con su luz.
Dando por ellos gemidos,
rindióla el sueño, y oyó:
Ve por tus hijos queridos,
que serán favorecidos,
del Señor, que los crió.
No temas en la partida,
que de enemigos malignos
no te verás perseguida,
ni allá serás conocida
de tus hijos, ni vecinos.
Cuando recordó, y pensó
en lo que habia soñado,
del desierto se salió,
donde contenta vivió
en penitencia ocho años.
Con lágrimas se despide
del desierto dó habitaba,
y por merced á Dios pide,
que en ningun tiempo la olvide,
pues á él se encomendaba.
Ochocientas leguas fué
entre moros, dò pasó
hambres, trabajos y sed,
por enriquecer con fe,
á dos hijos que parió.
Como Dios quiso que viera
sus dos hijos deseados,
llorando, entre sí dijera:
Ay hijos quien os tuviera
dentro en Roma bautizados!
Como en casa entrar los vió
la Madre noble y prudente,
asegurar los dejó,
y limosna les pidiò,
y les dijo humildemente:
Caballeros consolad
á esta necesitada,
asi la consuele Alá
á vuestra Madre, que está
por vosotros bien penada.

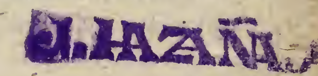
El mayor hablò muy triste,
que mas claro lo entendió,
y la preguntó: Tu viste
algun tiempo, ó conociste
la Madre que nos parió?
Ella dijo: Bien la ví,
y os podré dar nuevas della,
y os prometo y digo asi:
Que mejor la conocí,
que no vosotros á ella.
Los dos hermanos lloraron,
viendo á su Madre nombrar,
porque en estremo la amaron,
y en el retrete la entraron
donde la hicieron sentar.
En medio de ellos tenian,
haciendo llanto sobrado,
la que mas ellos querian,
pero no la conocian,
como se ha desemejado,
Dijeron con pena triste.
La Madre que nos parió
en dónde la conociste?
O cuanto ha que la viste,
despues que de acá partiò?
Dijo: Yo la conocí
cuando Agueda se decia
de Azevedo, y mas, nací
cuando ella, en Valladolid,
en su mismo tiempo, y dia,
Y tanto amor la cobré,
que cuando vino á Buxia
la serví, y acompañè
por la desventura mia.
Y el dia que se casó
con Idaxar, vuestro Padre,
el mismo que os engendró,
en las bodas me hallé yo,
con Adaxar vuestra Madre.
Mucho deseados fuisteis
de la Madre que os parió,
que es la que tanto quisisteis;
y aun al tiempo que nacisteis,
mancebos, no dormia yo.
Por que de mì se fiaban
en sus partos dolorosos,
á su casa me llevaban
y en ella me aposentaban
muy alegres, y gozosos.
A entrambos os sustentè;
cuando os via me acordaba
de dos hijos que crié,
y prometo por mí fè,
que mi propia leche os daba.
Decian con dolor triste
y con lágrimas bañados:
Madre, pues que nos pariste,
por qué causa aborreciste
estos hijos desdichados?
Si la secta turquesana
desechaste, Madre nuestra,
fuéramos de buena gana
á recibir fe Cristiana
en la compañía vuestra.
Qué es la causa que olvidais
á quien con dolor paristeis?
Siquiera no os acordais,
aunque mas cruel seais,
que en el vientre nos trajisteis?
Y si quisísteis dejarnos
para ir al cristianismo,
enviárades á llamarnos,

que fuéramos por lavarnos
en el divino Bautismo.
Doce esclavos, que venian
del campo de trabajar,
y á dos que en casa tenian,
los dos hermanos decian,
que la lleven á cenar.
Harto hacia, y porfiaba
para poderse escusar
del nombre, que se le daba,
y en lágrimas se bañaba,
viendo á sus hijos llorar.
Volviéronle á preguntar,
si de su Madre sabía,
y ella dijo: Sosegar podeis,
porque os quiero dar
unas nuevas de alegría.
No esteis tan apasionados,
que en sosegando la casa,
y que estén ya recostados,
os contaré, mis amados,
toda la verdad que pasa.
Muy grande pena tenian,
que no hay manjar que les cuadre,
que todo lo aborrecian,
por el ansia que tenian
de saber ya de su Madre.
Como cenar no pudiesen
de pena su Madre, y ellos,
mandaron, que se le hiciese
una cama, dó durmiese
en la misma sala de ellos.
Como ya no acostumbraba
dormir en lienzo delgado,
ni cama aparamentada,
no quiso la madre honrada,
mas que un cabezal doblado.
Despues que se encomendó
á Dios que es Supremo Padre
luego á hablar comenzó
con sus hijos, y le dió
nuevas de su buena Madre.
Diciendo: No tengais pena,
ni sintais ningun tormento,
que vuestra Madre está buena,
de tantas riquezas llena,
que no hay número ni cuento.
Y á tanto llega su honor,
que espera presto un dictado
de incomparable valor,
del mas supremo Señor,
que en todo el mundo se ha hallad
En Roma la vide buena,
firme en la divina fé,
de vicios malos agena,
y esta Santa Cuarentena
con ella estuve, y hablé.
Ni comia, ni bebia,
sin que primero llorára
por dos hijos, que tenia
metidos acá en Turquía,
porque mucho los amaba.
Y como yo me moviese
del cruel llanto que hacia,
la supliqué os escribiese,
y que por cierto tuviese,
que la carta yo os daria.
Siempre socorrida fuí
de Dios, que es celestial Padre,
una carta os traigo aquí,
ved si conoceis ahì
la firma de vuestra Madre.

Despues que la despegaron,
y la letra conocieron,
luego á llorar comenzaron
del contento que tuvieron.
Muchas veces la leian,
volviéndola á principiar,
y á la muger le decian,
de qué manera podrian,
seguros, en Roma entrar?
Dijo la Madre: Tomad
los esclavos que teneis;
ropa turquesa les dad,
luego otros cuatro comprad,
que menester los habreis.
Al punto con brio irémos,
viendo la noche cerrar,
que hasta seis millas tenemos,
y un Bergantin tomarémos,
de los que van á pescar.
El consejo ellos tomaron,
por bueno, y secretamente
bastimento aparejaron,
y cuatro esclavos compraron,
gente moza y diligente.
Todos fueron avisados
de su bien, y libertad,
y asi una noche cargados
de bastimentos, y armados,
marcharon con brevedad.
De ocho barcos solo hallaron
un Bergantin excelente,
listos el ferro zarparon,
y sin temor se embarcaron
todos veinte prontamente.
Tanta ventura tuvieron,
que por su buen navegar,
y un Piloto que trajeron,
en treinta y seis dias fueron
á Roma á desembarcar.
Y siendo desembarcados,
la buena Agueda habló
con sus hijos deseados,
diciendo: Hijos amados,
veis aquí la que os parió.
Abrazadme, veisme aquí,
y no esteis como elevados,
que yo soy la que os parí,
y la que mi leche os dí,
con la cual fuisteis criados.
Yo soy quien siempre he rogado
á Dios y nuestra Señora,
que es la Vírgen sin pecado,
os pusiese en el estado
de la fé que veis ahora.
Maravillados estaban
de lo que la Madre habló,
ambos hijos la miraban;
mas no se determinaban
si fuese su Madre, ó no.
Sepas, hermano, una cosa
el hijo mayor habló,
si es nuestra Madre piadosa,
ha de tener una rosa
en el pecho, como yo.
Los dos hijos la apartaron,
y el pecho le descubrieron,
como la rosa le hallaron,
con mucho amor la abrazaron,
cuando ya la conocieron.
Los llantos quiero dejar,
que entonces se acrecentaron
de gozo, y no de pesar.

y asi quiero declarar
de como se bautizaron.
Como el Papa conoció
ser firme y bueno su intento,
Bautismo les concedió,
y un Obispo se les dió
con gran música y contento.
Siendo en Bautismo lavados,
al Papa los pies besaron,
y entre el Papa y los Prelados,
mas de veinte mil ducados
de limosna les juntaron.
En Santa Clara se entró
La Madre, segun es cierto,
que de cansada enfermó,
y tambien porque pasó
gran trabajo en el desierto.
Queriéndola Dios llevar
á su Reyno Soberano,
mandó á sus hijos llamar,
porque les queria dar
la bendicion de su mano.
Y despues que se la dió,
y ellos besaron su mano,
con amor los abrazó,
y mucho les encargó,
que fuesen buenos cristianos.
Noche propia en que nació
nuestro Redentor glorioso,
de ochenta y seis que pasó,
su ánima presentò
á Jesucristo piadoso.
Un olor que confortaba,
del cuerpo santo salia,
gran resplandor la cercaba,
y su vida predicaba
quien de confesion la oia.
Que es á quien descubria
Agueda su corazon,
nueve años y mas habia,
y asi su vida decia
predicada en el Sermon.
De donde habemos sacado
esta deleitosa Hi toria,
plegue á nuestro Dios sagrado,
que nos sirva de dechado
para conseguir la Gloria.

FIN.



SEVILLA:

Imprenta de la Viuda de Caro.
1842.